

Hostos y Martí en Puerto Rico y en Cuba

Revista Foro, 11 de enero de 2004.

El aprecio que se les tiene a estas dos figuras cimera en sus países de origen difiere marcadamente. ¿Porqué? ¿Qué efectos tiene sobre las dos sociedades ese aprecio?



ARCADIO DÍAZ QUIÑONES

Crítico puertorriqueño y profesor de literatura en la Universidad de Princeton.

¿Por qué es tan conocido Martí entre cubanos mientras Hostos parece ser sólo un nombre para muchos puertorriqueños? Contestar esa pregunta llevaría a hablar largamente de las simetrías y asimetrías entre Cuba y Puerto Rico, y a distinguir entre formas estatales y populares de la memoria. ¿Quién tiene el poder de nombrar las figuras y los hechos memorables? Intentaré una respuesta breve.

La diferencia que existe entre el lugar que ocupa Martí en Cuba y Hostos en Puerto Rico, y en sus respectivas diásporas, tiene que ver ante todo con la construcción del Estado-nación. Los Estados modernos cultivan rituales y ficciones que les permiten legitimarse políticamente. En Cuba, antes, y sobre todo después de la Revolución, ha habido una fuerte pedagogía nacionalista que ha construido una memoria para el Estado nacional. La figura de Martí ha sido central. Es esencial recordar que Martí, a diferencia de Hostos, murió en el campo de batalla en medio de la guerra de independencia. Esa muerte selló su relación con la mitología nacional y la política estatal. El intenso culto a la memoria del héroe en las escuelas cubanas permite entender que sectores muy diversos de la sociedad, en la isla o en el exilio, e independientemente de sus diferencias políticas, puedan invocar la memoria del poeta.

En Puerto Rico, debido a la condición colonial, esa pedagogía nacionalista ha sido muy débil. Las instituciones educativas nunca se han propuesto la creación de un Estado independiente. Más bien han sido abiertamente hostiles a tales proyectos. De hecho, la crítica moderna y frontal presente en la obra de Hostos lo hacía incómodo y siempre sospechoso. Esa misma exclusión ha hecho que Hostos haya sido tratado, a pesar suyo, de modo casi religioso por cierta tradición independentista.

Al mismo tiempo, habría que preguntarse qué ocurre con la obra de un escritor cuando su figura se sacraliza y se convierte en centro de los discursos oficiales o de un grupo que ha sido excluido. Martí sería un buen ejemplo. Invocar su nombre da cierto poder y produce efectos. Pero ¿implica necesariamente que se hayan leído sus textos? Reconocer no significa leer. A la luz de esta desnuda paradoja podrían discutirse las consecuencias del uso y el abuso que se lleva a cabo con algunas figuras de la cultura. En esto quizás no hay diferencia entre Cuba y Puerto Rico, sino una línea movediza. En ambos países hay formas de conmemoración que contribuyen a vaciar de contenido los textos de un escritor. El peso puede llegar a ser insoportable.

Habría que insistir en el hecho de que Hostos es, para muchos puertorriqueños, sólo el nombre de alguna avenida o de una escuela. Ello es indicio de muchos años de censura, o de la fragilidad de un proyecto político que pueda sostenerlo. Sabemos que los dos Estados que rigen la vida puertorriqueña inventan, manipulan, ocultan, silencian, a menudo en complicidad con el poder militar o económico. Se nota claramente en los nombres que se les han dado a otras avenidas, puentes y lugares públicos. Como decía Gramsci, hasta en los nombres de las calles se puede estudiar el poder y la ideología dominantes en una sociedad. El resultado es que figuras como la de Hostos apenas sobreviven. Por otra parte, Hostos languidece, afirmado y negado, en la vigilante retórica que se llama a sí misma hostosiana.

Hay otra dimensión que considero importantísima. Me refiero a la relación entre el canto y la memoria colectiva. Martí tiene un lugar muy seguro, y no sólo entre cubanos, debido a su poesía, sobre todo por la magia de sus Versos sencillos, que

Hostos no posee. No sé si muchos cubanos han leído los treinta tomos de la obra periodística y ensayística de Martí. Pero sí es sabido que muchos saben de memoria y cantan los Versos sencillos, compuestos en Nueva York. Martí se apoyó en las grandes tradiciones orales y populares de las canciones y las coplas para ofrecer una poesía que incluye todo. Va más allá de lo nacional en los Versos sencillos: la melancolía, el misterio, el deseo, una visión de la historia y de su propio destino.

La fuerza particular de la poesía y las tradiciones orales nos lleva a pensar que, por encima y por debajo de la cultura letrada y los cálculos del poder estatal o económico, hay otras formas igualmente complejas de construcción de la nación y de la memoria colectiva. Lo vio con lucidez el gran intelectual afronorteamericano W.E.B. Du Bois en su bello libro *The Souls of Black Folk*. Con sus versos aptos para la memoria y el canto, Martí localizó un territorio y marcó un espacio ancho de identidades y afectos. Desde esa perspectiva, pienso que la comparación más apropiada no sería tanto con Hostos, sino con escritores y compositores que han cumplido esa función poética, como Lloréns, Palés, Julia de Burgos, Ramito, Rafael Hernández o Tite Curet Alonso.

Por supuesto, aquí no he hablado del papel de los estudiosos e intelectuales como lectores de Hostos. Pero ésa es otra historia, que produce sus propias pasiones.

RAFAEL ARAGUNDE

Profesor de Filosofía y Rector de la UPR en Cayey.

¿Deben las coordenadas martianas que gran parte del pensamiento cubano se ha impuesto a sí mismo constituir un ejemplo para la reflexión puertorriqueña? Si acaso, un pésimo ejemplo que debe ser rechazado desde la multiplicidad de ángulos que podemos utilizar los boricuas para imaginarnos a nosotros mismos.

Con demasiada frecuencia le escuchamos decir a algunos sectores que nosotros deberíamos valernos de los escritos de Eugenio María de Hostos según lo hacen los cubanos con los de José Martí. Como ya sabemos, a Martí no sólo lo citan los defensores del gobierno cubano actual, sino también los que proponen un

ordenamiento político distinto; pero lo reclaman ambos no sólo al hablar de política sino también al comentar, entre otros temas, sobre las artes, la moral, la naturaleza, el amor, el periodismo y la juventud. Impresionados por esta sobreabundancia de referencias que se consideran magisteriales, nos lamentamos de que en nuestra isla no conocemos la obra hostosiana, la cual podría servirnos de brújula en estos tiempos de supuestos mares picados.

Se pierde de vista la simplificación de la realidad que supone, sobre todo en nuestra época, mirarse a sí mismo exclusivamente a través de la óptica de un solo individuo, por muy talentoso o apostólico que sea. Tras siglos de monocromía religiosa, la imposición de nuevas ortodoxias, frecuentemente haciendo uso de los mismos arquetipos (“pureza originaria de brisas esenciales,” se dirá del cubano), es injustificable. Ello conduce eventualmente a un ambiente de reverencias, siempre demasiado formales, que imposibilitan una confrontación seria y rigurosa de las ideas que se esgrimen como verdaderas. Se esteriliza la realidad que el pensamiento está llamado a enriquecer y se liquida toda innovación cultural, educativa o artística, al excluir aquello que no cuadra con los trazos generados desde la oficialidad que se va construyendo.

Desde luego, los parecidos entre Hostos y Martí son innegables. Se trata de figuras capitales en la historia de sus respectivas reflexiones nacionales. El político, periodista, poeta y ensayista Martí tuvo la cuestionable suerte de ser adoptado pronto como punto de referencia inevitable de la vida pública cubana. Mientras que la figura y escritos de Hostos, filósofo y periodista, ensayista y novelista, maestro y director de escuelas, apenas han sido utilizados para alguno que otro comentario en torno a nuestro destino pero sobre todo, últimamente, como recurso que atendería nuestra supuesta crisis moral y la ausencia de una filosofía educativa. Ambos comparten una vocación: la de mártires. Generosos a final de cuentas, hacen de sus propias vidas y escritos textos programáticos de la civilización que aspiran a fundar. Asumen a plenitud el siglo diecinueve del intelectual ingenuamente optimista que logra zafarse del ambiente bohemio de las grandes ciudades y regresar, aunque no llegue a estar presente, a la patria irredenta. Muy conscientes de ello, aspiran a configurar la redención y transfiguración de la sociedad de la que han sido exiliados.

Correspondiendo al ambiente reverencial al que fueron destinados, las diferencias entre Hostos y Martí no han sido objeto del análisis que se merecen. La más que extraordinaria erudición de Hostos en múltiples ámbitos -un tanto escolar y expuesta en tratados y ensayos especializados- es correspondida en el cubano por unos conocimientos vastos, digamos que mundanos, expuestos en una obra más accesible, fundamentalmente periodística. Quizás sea por esto que el mayor, Hostos, no haya tenido el éxito que tuvo el más joven en convertirse en el líder indiscutible de la lucha independentista de su terruño. Es posible que aquí también esté la explicación de las múltiples reivindicaciones que Martí registra en lo que llama “nuestra América,” no del todo ausente en Hostos, pero que le llevan a pedir instituciones a tono con el país y le evitan la idealización de la república estadounidense que se recoge en los escritos del puertorriqueño. Hostos asume los discursos predominantes de la tradición europeo-americana que conoce; Martí exige la fundación de tradiciones “americanas,” desligadas de la norteamericana. La dicotomía civilización y barbarie, tan citada en la hermenéutica hostosiana hasta hace una década y media, no halla eco en un Martí que orienta sus escritos a partir de un proselitismo astuto. Por las mismas razones, pide una universidad americana con un currículo americano.

No se trata de visiones necesariamente encontradas, sino de modos distintos de pensar sus respectivas realidades. A su favor debe insistirse en la capacidad que mostraron para desarrollar reflexiones valientes y coherentes en contextos que no se pueden describir como óptimos. Otro asunto es el que tiene que ver con lo que se pretende con su herencia. Existe una gran diferencia entre impulsar unas ideas para que sean adoptadas como coordenadas imprescindibles de un sistema educativo o de una visión de la realidad y valerse de ellas como aportaciones más o menos relevantes de la obra de un intelectual para atender determinados problemas. En el primer caso se utiliza la reflexión como si se quisiera clausurar toda deliberación en torno al tema que sea; en el segundo, se hace referencia a algún escrito con el fin de fortalecer un argumento en el contexto de una discusión que se concibe abierta y sujeta a múltiples interpretaciones.

Mientras Martí continúa siendo territorio con fronteras fijas dentro del cual transitan las reflexiones de cierta ortodoxia cubana y en el que las interpretaciones se circulan con pasmosa indiferencia a los desarrollos de la crítica literaria, Hostos no acaba de insertarse en nuestra deliberación pública excepto, como adelantábamos, por alguna que otra declaración en la que se le rinde una especie de “lip service” o a través de algún artículo de ocasión en el que se nos vuelve a presentar almidonado y moralizante. Sin que se pretenda que los dos lo pensaron todo de una vez y por todas, o que lo pensaron todo bien, sus escritos son mucho más ricos de lo que se desprende de los apologistas que los presentan mesiánicamente. Lo mejor que se dice hoy de Martí se escucha en contra de la ortodoxia cubana. Lo mejor que los puertorriqueños podemos decir hoy de Hostos se escucha igualmente en contra de lo que se pretende constituir en la ortodoxia hostosiana.

IRMA RIVERA NIEVES

Profesora en la Universidad de Puerto Rico. Entre sus libros se encuentra “El tema de la mujer en Eugenio María de Hostos.”

“Nadie es la patria, pero todos lo somos.”

Borges

Vivimos bajo el asedio de los nombres propios de nuestros contemporáneos. El discurso público en la isla casi se limita a la glosa de un nombre, a la atribución - hasta el cansancio- de adjetivos a un nombre-sujeto. Podríamos hacer el calendario con los nombres de los personajes que organizan los días insulares, como si sólo en un nombre propio pudiera reunirse la dispersión humana para montar, diariamente, un país. Convocan, pues, pasiones extremas: apoteosis de los héroes del “crossover,” huérfanas veneraciones de los Mayores, odio rival y asesino contra el hermano.

Cuando decimos Hostos y Martí: ¿qué dice la conjunción?; ¿qué decimos? ¿Por qué operan en nuestra pobre cotidianidad de otro modo? Surgen de esos nombres-matrices otras díadas: Puerto Rico y Cuba y todos las resonancias solidarias, tristes y festivas, de la antillanidad. También los hitos terribles de la historia: el

fin del despotismo español en América y los inicios del “nation rebuilding” gringo. Escojo, sin embargo, otra: la Filosofía y la Poesía nutriendo a la Política y al Derecho.

Hay en la conjunción de estos patronímicos algo de consigna y hasta de juramento. No son esos nombres la simple constatación jurídica de los actos de existencias archivables. Pero tampoco son celebraciones de éstas que llenan la ciudad, en la multiplicidad de carteles que, desde lo alto, nos proponen un rostro amable y, sobre todo, un nombre: Rosselló, Aníbal, Modesto Jr., Fortuño. No, no habitan, Hostos y Martí, ni el espacio sepia del archivo ni esos delirantes de la celebración. Habitan allá donde la muerte no llega, porque ella ya es el precio pagado.

Llegaron a ese lugar alto por un camino pavimentado por los sacrificios y dones propios del hombre moderno: la escritura, la política, el combate, los viajes, el estudio, la fundación de instituciones, el exilio, una paternal responsabilidad con los otros; por la obra que, como la rosa blanca, dieron sin usufructo ni cálculos de reciprocidad.

Hostos y Martí son los nombres del exilio antillano. Claro que, no por vivir en NY o en Santo Domingo se encuentra uno exiliado: nuestros países siempre han contado con una voz oracular que, para serlo, debe vivir afuera; hay adentro tan precarios que son hábiles proscripciones, así como afueras de un anhelado “crossover.” El exilio supone una obra y una transgresión y, por ellas, la exclusión y la censura. Si escuchamos la palabra, supone un escenario judicial, un crimen, un delito y una culpa. El exilio es como un hilo rojo que corta en dos el cuerpo social antillano. Unos que avanzan fabricando una estética y un discurso de la inocencia: servidores públicos, benefactores, filántropos, salvadores; otros que, en nuestras despóticas sociedades, sólo en el dolor penitencial del exilio encuentran un lugar para el trabajo de sus deudas.

Por esos dones es que Hostos y Martí ya no son nombres, sino emblemas. (Y no apunto a la ejemplaridad de unas vidas vividas “en el justo ejercicio de los días” tomando otro verso a Borges.) Sus retratos casi podrían sustituir las banderas y los

símbolos patrios. La monoestrellada cubana y el retrato triste de Martí son casi equivalentes. Más que ilustrar la página de un libro, ondean en ella. Pero esa patriótica obra, emblematizada en sus patronímicos, no nace del nacionalismo cultural, cubano o puertorriqueño. No son España o los EEUU el enemigo, sino el despotismo y la subhumanidad colectiva y, para esta causa, poco importa que el agente sea nacional o extranjero. Por un siglo ya lo hemos visto: todos los índices triviales de una cultura viva dejan intocado el estatuto jurídico-político. Por eso sus nombres-banderas igual siguen ondeando, planteando en su ondulación, si aún es posible, la herencia, quién les hereda, qué es un buen heredero. Herencia y porvenir colectivos que requieren alguna oscura comprensión del enigma odiseico que recuerda el poeta: Nadie es la patria.

JOSÉ LUIS MÉNDEZ

Catedrático en el Departamento de Sociología y Antropología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UPR.

La veneración de los cubanos por José Martí y la actitud de los puertorriqueños hacia Eugenio María de Hostos ilustran tanto los caminos diferentes que han seguido Cuba y Puerto Rico en relación con la forjación de sus destinos políticos como la consecuencia de esa diferencia en la actitud de uno y otro pueblo hacia el aprecio de su cultura y el reconocimiento de sus próceres. Para los cubanos Martí es el apóstol de la independencia. Por esa razón su vida y su obra son vistas y estudiadas no sólo con respeto y veneración sino también consideradas como el modelo a emular para la forjación de un destino mejor y el establecimiento de un país más libre, independiente, moderno y democrático.

Para los puertorriqueños Hostos es casi unánimemente considerado como el intelectual más importante y completo de nuestro país durante el siglo 19. Sin embargo, la actitud de nuestro país hacia Hostos ha pasado por diferentes momentos. Durante las tres primeras décadas del colonialismo americano en Puerto Rico, nuestra cultura fue sistemáticamente desvalorizada por la administración colonial estadounidense, que intentó borrar de las mentes de los puertorriqueños tanto nuestro idioma para sustituirlo por el inglés como el

recuerdo de los hombres y mujeres ilustres de nuestra historia para promover la veneración del santoral histórico y del ideario social de los Estados Unidos.

A pesar de ese periodo de agresión cultural, la recuperación gradual de nuestro idioma y de nuestra memoria histórica nos ha permitido redescubrir el legado intelectual hostosiano, que la doctrina racista del destino manifiesto que dirigió la política pública y cultural de Estados Unidos en Puerto Rico intentó sepultar por más de treinta años.

Gracias a la labor realizada por el comité creado para la celebración en 1989 del sesquicentenario del nacimiento de Eugenio María de Hostos y del establecimiento poco después del Instituto de Estudios Hostosianos, Puerto Rico ha ido conociendo un legado intelectual como el de Hostos que, además de ser producto de uno de los hijos más ilustres de nuestro país, constituye una de las obras principales de toda la cultura latinoamericana decimonónica. A pesar de esa diferencia en la manera en que han sido percibidas y apreciadas por sus respectivos pueblos, las obras de Hostos y de Martí tienen muchos elementos en común. Ambas son producto de circunstancias políticas y sociales muy cercanas y responden a un mismo proyecto histórico.

Además, tanto Hostos como Martí vivieron en Nueva York, militaron en el mismo partido revolucionario y lucharon por una misma causa. En efecto, desde que sale de Europa en 1869 y se radica en Nueva York, Hostos hace causa común con los cubanos que luchaban por la independencia de Cuba en el Partido Revolucionario fundado por Martí. Entre el 14 de octubre y el 24 de noviembre de 1876, Hostos publica a tales fines en esa ciudad siete artículos sucesivos que aparecen en el semanario "La Voz de la Patria." Se trata del texto conocido como el "Programa de los Independientes," considerado por Martí como un "Catecismo Democrático." La identificación de Martí con el Programa en el que Hostos propone su proyecto de Constitución Nacional para Cuba y Puerto Rico basado en la democracia representativa y en la defensa de los derechos humanos demuestra la afinidad política de ambos próceres con un mismo proyecto histórico. Otro elemento en común entre Hostos y Martí es que ni el uno ni el otro pudo ver realizadas plenamente sus aspiraciones. Martí muere antes de que se lograse la

independencia de Cuba. Hostos no pudo alcanzar el propósito de la Liga de Patriotas: lograr un frente unido de todas las fuerzas políticas y sociales de Puerto Rico para impedir que Estados Unidos tratara a nuestro país como un simple botín de guerra e hiciera abstracción de nuestros derechos como pueblo y de los principios anticoloniales en que se fundó la nación americana.